

El Hombre Cabeza de Nieve

EN CIERTAS montañas vivía un hombre que por ser tan alto tenía la cabeza cubierta de nieve. Lo único que sus ojos alcanzaban a ver era la luna y la copa de los árboles. Nunca se derretía la nieve de su cabeza, porque el sol no se atrevía a tocarla, y, además, el aire era muy frío allá arriba.

Para mirar la tierra apartaba las ramas de los árboles y desde su altura lo veía todo muy chiquito; los hombres eran mosquitos que se movían abajo.

Cuando sentía sed, abría la boca y se tragaba una nube; y si necesitaba comer, echaba mano a cualquier cabritillo que vagabundeara por los cerros. Casi no caminaba por temor de que sus enormes pies aplastaran a los hombres.

En el tiempo de mayor calor se sentaba en un sitio despoblado y se ponía a pensar. Como su cuerpo proyectaba una sombra muy larga, sus pies siempre estaban húmedos, y por eso

les había brotado musgo y diversas semillas se habían adherido a ellos, por lo que estaban convertidos en un verdadero bosque.

Los hombres fueron un día a trabajar a ese bosque, y cuando hundieron la azada y derribaron los árboles y segaron el trigo, el gigante rió mucho allá arriba, pues sintió gran cosquilla, y su contento llegó al límite al divisar a tantos seres diminutos tratando de sacarle las espinitas que llevaba en sus zapatos.

Muy agradecido, quiso saludarlos, y para ello se sentó allí mismo, por lo cual los hombres fueron lanzados y muchas casas se derrumbaron. A pesar de estar sentado, su cuerpo era demasiado grande y la gente no podía distinguir su figura.

De repente un hombre lo vio y comenzó a gritar con todas sus fuerzas :

—¡ La montaña tiene la forma de un hombre; se diría que esos grandes agujeros llenos de agua son sus ojos!

Y, en realidad, eran sus ojos. Quiso hablarles, pero su voz resonó como un terrible trueno, y la gente, espantada, se refugió en sus casas.

Este gigante tan alto, que respiraba el aire más puro y contemplaba la luna de cerca, era desgraciado; nunca le había hecho un bien a nadie.

Determinó acostarse para estar unido a los humanos. Pero, cuando lo hizo, su cabeza quedó muy lejos del sitio en que se apoyaron sus pies.

Su cuerpo, rompiendo puentes, vías de comunicación y sembrados, se extendió a lo largo de los caminos, y su cabeza se recostó en medio de la ciudad más importante.

Al principio creyeron que un monte se había derrumbado, pero al ver que aquello abarcaba cinco pueblos, se asustaron muchísimo y fueron a comunicárselo al rey.

Este, aunque temeroso, pretendió no sentir miedo, porque creía, y con razón, que un rey debe ser siempre valiente. Por lo cual salió a pie, seguido de su comitiva. Los soldados tendieron cordeles a su paso, pues todo el pueblo invadió las calles.

El rey se detuvo frente a la cabeza del gigante, el que tenía los ojos cerrados. Al rey le costó mucho trabajo saber dónde se encontraban exactamente la nariz y la boca del hombre, porque para ver una y otra tuvo que caminar algunos kilómetros y al mirar la nariz ya no se acordaba de la forma de la boca.

Cuando el gigante cabeza de nieve abrió los ojos, le pareció al rey que dos mares azules habían nacido y sintió deseos de navegar en ellos. A pesar de su grandeza, el hombre no

pudo levantarse y permaneció tendido durante largos días; circunstancia que aprovecharon el rey y sus súbditos para recorrerlo de la cabeza a los pies, viaje que realizaron en coche y a caballo. Algunos comerciantes instalaron tiendas y hosterías junto a sus brazos y piernas, y, cuando todos se dieron cuenta de que era un verdadero hombre, lo dibujaron, a fin de no olvidar su extraña forma. Y en los periódicos publicaron la noticia.

La nieve que cubría sus cabellos se derretió, formando grandes ríos, y hacia el sur los bosques de sus pies se alzaron majestuosos. Todo el mundo gozó de él, pero nadie se acordó de alimentarlo y de proporcionarle alguna alegría.

Mas, a pesar de estar inmóvil, este hombre era por fin feliz: los animales y los hombres bebieron del agua que manaban sus cabellos.

Con el tiempo, su cuerpo se unió de tal manera a la tierra, que su sangre fecundó los sembrados. Pero no comprendieron su sacrificio.

Ahora vive en las raíces y en los frutos, y en sus grandes ojos navegan los barcos.